



unánimes

Estudios bíblicos

N: Los milagros de Jesús

06.- La curación de un endemoniado



unánimes

Estudios Bíblicos

N.06.- La curación de un endemoniado

1. El texto

Lucas 4:31-37

Descendió Jesús a Capernaúm, ciudad de Galilea, y los sábados les enseñaba; y se admiraban de su doctrina, porque su palabra tenía autoridad.

Estaba en la sinagoga un hombre que tenía un espíritu de demonio impuro, el cual exclamó a gran voz, diciendo:

—¡Déjanos! ¿Qué tienes con nosotros, Jesús nazareno? ¿Has venido para destruirnos? Yo sé quién eres: el Santo de Dios.

Jesús lo reprendió, diciendo:

—¡Cállate y sal de él!

Entonces el demonio, derribándolo en medio de ellos, salió de él sin hacerle daño alguno. Todos estaban maravillados, y se decían unos a otros:

—¿Qué palabra es esta, que con autoridad y poder manda a los espíritus impuros, y salen?

Y su fama se difundía por todos los lugares de la región.

2. Introducción

El evento que vamos a analizar se encuentra en los evangelios de Marcos y de Lucas. Para efectos prácticos, debido a que son casi exactos, analizaremos la versión de Lucas. A esta altura del evangelio de Lucas el relato comienza a ser paralelo al evangelio de Mateo en forma más cercana. El estrecho paralelismo aquí se extiende desde aquí hasta el final del capítulo cuatro de Lucas.

Aquí se describe “Un día de mucha actividad en Capernaum”. La primera escena se desarrolla en la sinagoga, la segunda y la tercera en la casa de Simón Pedro.

Nos gustaría saber tanto de Cafarnaún como sabemos de Nazaret, pero aunque parezca extraño es que hasta hay dudas en cuanto al sitio exacto a orillas del Mar de Galilea en que estaba situada esta población en la que Jesús realizó tantas maravillas.

Este pasaje es especialmente interesante porque es el primero de Lucas en el que nos encontramos con un caso de posesión de demonios. En el mundo antiguo se creía que el aire estaba poblado por una multitud innumerable de malos espíritus que estaban esperando la oportunidad para entrar en las personas.

Se decía que entraban con la comida o la bebida. Eran ellos los que causaban las enfermedades. Los egipcios creían que había treinta y seis partes diferentes del cuerpo humano y que en cada una de ellas se podía introducir uno de esos malos espíritus y llegar a controlarla. Había espíritus de sordera, de mudez, de fiebre; espíritus que le arrebatan a una persona la salud mental o el sentido; espíritus de mentira y de engaño y de inmundicia. En el texto que nos ocupa es claro que este hombre sí estaba poseído por un demonio.

3. El lugar, la enseñanza y la autoridad

Descendió Jesús a Capernaúm, ciudad de Galilea, y los sábados les enseñaba; y se admiraban de su doctrina, porque su palabra tenía autoridad.

Lucas no indica ninguna conexión de tiempo entre el relato precedente (el rechazo de Cristo en Nazaret) y éste. No comienza su párrafo con “después de esto” o ni siquiera con “entonces”.

El término “descendió” es apropiado debido a la ubicación que tiene Capernaúm en la costa norte del mar de Galilea que está más de 200 metros debajo del nivel Mediterráneo. La ciudad ha desaparecido completamente. Muchos consideran la moderna *Tell Hum* como el probable sitio.

En consideración a Teófilo, a quien iba dirigida la narrativa, y otros lectores no versados en la geografía exacta de la tierra santa, Lucas agrega: “una ciudad de Galilea”.

Era en día de *reposo* que Jesús estaba enseñando (o comenzando a enseñar) al pueblo. El interés de Lucas por el *sabbat* se aprecia por el hecho de que relata nada menos que cinco milagros de curación realizados por el Salvador en el día de reposo y adoración. Sin embargo, debemos agregar que Lucas da a conocer tanto el interés especial del propio Cristo en cuanto a una observancia correcta del día de reposo como su posición en oposición a los puntos de vista y la práctica legalista preconizada por los escribas y fariseos y por quienes los seguían.

Es obvio que esta enseñanza sabatina se llevaba a cabo en la *sinagoga*. Se esperaba que las autoridades de sinagoga pidieran a Jesús que leyera las Escrituras y predicara. Se presentó tan impresionante que el auditorio quedó “admirado”. La gente estaba muda de asombro, literalmente, “con la mente en blanco”, es decir, como si estuvieran “fuera de sí” a causa de su asombro y admiración. Fue un estado que no desapareció inmediatamente, sino que duró un rato.

¿Cuáles fueron algunas de las razones que motivaron esta reacción por parte del auditorio? Una de ellas bien pudo ser el hecho de que él, un carpintero, revelara semejante sabiduría. Pero era especialmente esto, que su “palabra” o “mensaje” era presentado “con autoridad”. Considérense los siguientes puntos de contraste entre la enseñanza de Cristo y la de los escribas:

- a. Él hablaba la verdad. Los sermones de muchos de los escribas eran manchados por razonamientos corruptos y evasivos.
- b. Él tocaba temas de gran significado, temas de la vida, de la muerte y la eternidad. Ellos a menudo gastaban su tiempo en trivialidades.
- c. La predicación de Jesús era sistemática. Los escribas a menudo divagaban, como lo demuestra su Talmud.
- d. Él provocaba curiosidad haciendo generoso uso de ilustraciones (muchas de las cuales se presentan en el Evangelio de Lucas). La forma de hablar de ellos era a menudo seca como el polvo.
- e. Él hablaba como Amigo del hombre, como alguien preocupado por el bienestar eterno de quienes le escuchaban y señalaba al Padre y su amor.
- f. Finalmente, y lo más importante, porque aquí se declara explícitamente, Él hablaba “con autoridad”, porque su mensaje venía directamente del corazón y la mente misma del Padre y por lo tanto también de su propio ser interno y de las Escrituras. Ellos estaban continuamente recurriendo a fuentes falibles; un escriba citaba a otro escriba. ¡Incluso se enorgullecían de jamás decir algo que fuera original! Ellos estaban tratando de sacar agua de cisternas rotas. Él sacaba de sí mismo, pues Él era “la fuente de agua viva”.

4. El endemoniado

Estaba en la sinagoga un hombre que tenía un espíritu de demonio impuro, el cual exclamó a gran voz, diciendo:

—¡Déjanos! ¿Qué tienes con nosotros, Jesús nazareno? ¿Has venido para destruirnos? Yo sé quién eres: el Santo de Dios.

Como se advierte claramente en los evangelios de Lucas y Marcos, no es verdad que los escritores del Nuevo Testamento, al igual que todos los pueblos de la antigüedad, atribuyesen todas las enfermedades y anormalidades físicas a la presencia u operación de espíritus malos. Es contrario a la realidad que la posesión demoníaca sea simplemente otro nombre para la demencia o la locura. El hecho es que según las Escrituras, un ser distinto y diabólico (en este caso, “el espíritu de un demonio inmundo”) ajeno a la persona poseída ha tomado el control de este individuo.

Precisamente aquí en la sinagoga, a voz en cuello, haciendo uso de los órganos vocales del desdichado hombre, el demonio grita: “Déjanos” y continúa: “¿Qué tienes con nosotros, Jesús nazareno?” Literalmente la pregunta que hizo era: “¿Qué (hay) a nosotros y a ti?”, es decir, ¿Qué tenemos en común, para que tengas algo que ver con nosotros? ¿Por qué no dejarnos en paz? Nótese “con nosotros”. Parece darse cuenta que lo que le ocurra a él es lo que también va a ocurrirle a sus demonios compañeros.

El demonio llama “Jesús nazareno” (literalmente) a quien está por expulsarlo. Aunque ser criado en Nazaret suponía comienzos humildes y en el caso de Jesús denotaba el humilde estado del Mesías y al decir Natanael, “¿De Nazaret puede salir algo de bueno?” fuera por rivalidad entre ciudades o, más probablemente, pensando en la excelencia de la categoría mesiánica, llamar a Jesús “el nazareno” no siempre o no necesariamente suponía desdén. De hecho, aun Jesús mismo usa la expresión para referirse a sí mismo.

De las palabras, “¿Has venido para destruirnos? Sé quién eres: el santo de Dios”, se deduce claramente también que el apelativo “Jesús nazareno” usado por el demonio era sencillamente el nombre con que se conocía a Jesús y no un título que indicase falta de respeto. “Has venido” en ningún caso puede interpretarse unido con “de Nazaret”, porque Jesús no necesitaba venir de Nazaret para aplastar el poder de los emisarios de Satanás. Lo mejor es interpretar: “¿Has venido del cielo al mundo ...?” De acuerdo con esto, el demonio pregunta si Aquel mismo que ha venido a buscar y a salvar lo que se había perdido, había venido también a destruir los demonios, es decir, a echarlos al abismo o prisión en que se guarda a Satanás.

Cuando el demonio dice “Yo Sé”, no está mintiendo. Hay ciertas cosas que son conocidas por el príncipe del mal y sus siervos. Además, algo de este conocimiento les provoca temor y temblor. Saben que para ellos no hay salvación, sólo una terrible condena. El demonio piensa en este mismo hecho al comprender que en este momento se encuentra frente a su Gran Adversario, el mismo que vino para destruir las obras del diablo y a quien él, de nuevo correctamente, llama “el Santo de Dios”. Él sabe que la santidad no puede soportar el pecado. Un demonio ... el Santo de Dios. ¡Qué contraste! Jesús era “santo” no sólo en sentido de que era sin pecado en sí mismo, lleno de virtud y la causa de la virtud en los demás, sino específica en el sentido de haber sido ungido, por lo tanto, separado y consagrado para cumplir la más excelsa de las tareas.

Cuando los modernistas niegan la deidad de Cristo, muestran menos discernimiento que los demonios, ya que estos últimos la reconocen constantemente. Claro que ellos no lo ha-

cen en el espíritu correcto. La reverencia la cambian por insolencia; la alegría por amargura; la gratitud por infamia. Pero a pesar de todo, lo hacen. Ellos llaman a Jesús “el Santo de Dios”, “el Hijo del Altísimo”, “el Hijo de Dios”.

5. La orden

Jesús lo reprendió, diciendo:

—¡Cállate y sal de él!

Entonces el demonio, derribándolo en medio de ellos, salió de él sin hacerle daño alguno.

Jesús no acepta un reconocimiento venido de un demonio completamente corrupto. Además, el demonio no tenía derecho de interrumpir la enseñanza del Señor. Por eso Jesús da la orden cortante: “Cállate y sal de él”.

El demonio obedece inmediatamente. Pero, al salir, chillando frenéticamente, derriba al hombre en medio de los congregados provocándole convulsiones. Siendo Lucas un médico, de hecho “uno amado”, debe de haber preguntado a su(s) informante(s) si el endemoniado recibió algún daño como resultado del trato brutal a que había sido sometido. La respuesta había sido “no”, lo cual Lucas informa.

Nos da la impresión que la expulsión del espíritu inmundo tomó sólo unos breves momentos. Por otra parte, el demonio no ganó en ningún sentido. Cuando es el Señor con su autoridad el que expulsa un demonio, no hay tardanza alguna ni extensos procesos. El exorcismo se da en el acto.

6. Los testigos

Todos estaban maravillados, y se decían unos a otros:

—¿Qué palabra es esta, que con autoridad y poder manda a los espíritus impuros, y salen?

Y su fama se difundía por todos los lugares de la región.

Lo que hemos leído aquí acerca de la divulgación de su fama es característico de la primera parte del Gran ministerio de Cristo en Galilea. La gente de Capernaum estaba asombrada no solo por su enseñanza, sino también por el mensaje implícito tanto en su enseñanza como en la expulsión de demonios. ¡Qué contraste entre su enseñanza y la de los escribas, y entre su expulsión de demonios y la que pretenden los exorcistas! El hizo ambas cosas “con autoridad”.

En realidad, lo que ocurrió en la sinagoga ese día de reposo había sido tan asombroso que

un vecino lo contaba sin demora a otro, y éste a otro, etc. Las noticias eran demasiado buenas y emocionantes para quedar confinadas en Capernaum. Comenzaron a esparcirse y seguían difundiéndose hacia todos los lugares contiguos a la región.

7. Conclusión

Para mucha gente esto de la existencia de demonios es un problema. Por lo general, la mentalidad moderna considera que el creer en espíritus es algo primitivo y supersticioso que hemos dejado atrás en nuestro desarrollo. Sin embargo, parece que Jesús sí creía en ellos.

El pensamiento moderno, ha estado vacilando hasta admitir que tal vez hay algo en la creencia en los demonios después de todo. Hay ciertos males para los que no se acaba de descubrir una causa corporal. No hay razón para que una persona esté enferma, pero lo está. Y ya que no hay una explicación física, algunos piensan ahora que debe de haber una causa espiritual y que a lo mejor los demonios no son tan irreales después de todo.

La gente se quedaba atónita con el poder de Jesús, ¡y no nos sorprende! El Oriente antiguo estaba lleno de gente que pretendía poder exorcizar a los demonios. Pero tenían unos métodos fantásticos y maravillosos. Cierta exorcista le ponía un anillo al paciente debajo de la nariz y recitaba largos encantamientos. Otros usaban una raíz que se llamaba “baaras” que si se agarrara producía muerte instantánea. Así que cavaban el terreno alrededor de ella, le ataban un perro, que arrancaba la raíz con sus tirones y moría el perro como un sustituto del hombre, el cual debía quedar liberado. ¡Qué diferencia entre toda esta parafernalia histórica y la tranquila y sencilla orden de Jesús! Lo que dejaba estupefactos a los espectadores era su simple autoridad.

La autoridad de Jesús era algo totalmente nuevo. Cuando los rabinos enseñaban, apoyaban todas sus afirmaciones con citas de otros. Decían: «El rabí Tal y Tal dijo...», «Hay una tradición que dice...» Siempre apelaban a autoridades reconocidas. Por su parte, los profetas decían: «Así dice el Señor». Tenían una autoridad delegada. Pero Jesús decía: «Yo os digo.» No necesitaba otras autoridades que le respaldaran; su autoridad no dependía de otras: era la autoridad hecha carne. Era un hombre que hablaba como el que sabía.

El experto en cualquier esfera tiene un aire de autoridad. Un músico cuenta que, cuando Toscanini se dirigía al atril, toda la orquesta sentía que de él fluía autoridad. Cuando nos hace falta consejo técnico, llamamos a un experto. Jesús es el experto en la vida. Cuando Él habla, todos sabemos que se trata de algo más allá de lo humano porque... Él es Dios.

Basado parcialmente en los comentarios bíblicos de William Barclay y William Hendriksen
Las citas de las Escrituras son tomadas de la Biblia Reina Valera rev. 1995